

DE CAÑAVERALEJO A CAÑASGORDAS

Por Ligni Molano Barona

Para empezar, quiero dar gracias al Altísimo, porque fue Él quien me abrió las puertas de esta institución y quien ha permitido que, hoy, después de 25 años, yo todavía permanezca en ella. Gracias, así mismo, para todas aquellas personas que, en ese entonces, creyeron en mis capacidades como docente en los cursos de lengua materna: el Doctor Alfonso Ocampo Londoño, el Doctor Mario Tamayo y Tamayo, el ingeniero Francisco Velásquez, la Doctora María Cristina Navia, el Doctor Henry Arango, mi compañera María Cristina Llanos. Como también para las que ahora siguen creyendo en mí: el Doctor Francisco Piedrahíta, el Doctor Lelio Fernández, el Doctor José Hernando Bahamón y mi estimado jefe, el Doctor Tito Nelson Oviedo.

En estos 25 años, puedo decir, sin lugar a equivocarme, que he crecido en lo intelectual, en lo profesional y en lo personal. Y todo gracias a cuatro grandes cambios que ha habido dentro de esta institución. Uno de ellos tiene que ver con la materia que dirijo. Cuando entré, su nombre era español; más adelante (1990), lecto escritura y, desde 1997, Comunicación Oral y escrita, como la bautizara nuestro decano, el doctor Lelio Fernández. Este nombre actual, por cierto muy acertado, es una real aproximación al trabajo que hacemos con los estudiantes. Además del cambio de nombre, se logró que esta materia se ofreciera en dos cursos: uno para primer semestre y otro para segundo. Todo esto implicó nuevos contenidos, nueva metodología, nuevas didácticas, nueva pedagogía; en fin, nuevos conocimientos.

El segundo cambio está relacionado con el espacio: de una casa, pasamos a una mansión. Esa casa era pequeña y, por tanto, éramos pocos. Pocos profesores, pocos administrativos, pocos estudiantes y pocos empleados; como quien dice, podíamos relacionarnos más fácilmente. Esta característica fue ideal para una persona como yo, quien apenas comenzaba la construcción de su experiencia docente universitaria. Esa casa, allá en los predios de Cañaveralejo, me trae muchos recuerdos. Entre otras cosas, me llevó a recordar ese primer capítulo de El Alférez Real, cuando tres jinetes van hacia la hacienda de Cañaveralejo: el Padre Fray José Joaquín Escovar, Daniel y Fermín. El Padre conversa con Daniel acerca de su formación académica y profesional, y le dice: “El hombre honrado y que llena

cumplidamente sus deberes, lo merece todo". Precisamente, esos valores de la honradez y de la responsabilidad han sido el pilar de la Icesi; por ello, se ha merecido el gran cambio que ahora tiene: una mansión -en Cañasgordas- con 5 facultades, 17 programas de pregrado, 5 de maestrías y 13 especializaciones. Como se puede ver, somos muchos, pero con las mismas virtudes que nos han caracterizado desde el comienzo.

El tercer cambio tiene que ver con los nuevos programas implementados a partir de 1997; eso sí que significó un reto en todo sentido: con los estudiantes y con la aprehensión de conocimientos. Ya no serían los mismos estudiantes interesados solo en negocios y en tecnología. Ahora, nos enfrentábamos a otras personas, otras filosofías, otras costumbres; es decir, a nuevas formas de comunicación, que implicaban otras metodologías de enseñanza y de aprendizaje, como el activo. Este aprendizaje nos ha llevado a explorar metodologías emergentes (las famosas TIC); y, de la mano del Doctor Bahamón, me embarqué en la construcción de objetos virtuales, con la esperanza de ofrecer mejores herramientas a la comunidad académica, las cuales me han llevado a tener nuevas visiones en los procesos pedagógicos.

El cuarto cambio está representado en las becas que Icesi empezó a ofrecer a estudiantes de estratos bajos. ¿Qué significaba esto? Significaba que el nivel académico-cultural de estos estudiantes era diferente al de los estudiantes que veníamos formando; por ende, nuestras didácticas tenían que ser diferentes. Por otro lado, significaba que la Icesi empezara a trabajar en la inclusión, tan importante para la construcción de tejido social. Nuestros estudiantes y todo el personal administrativo y docente nos hemos sensibilizado ante la amplia gama de situaciones que vivencian estos jóvenes, incluidos.

Además de estos cuatro cambios, la enseñanza de español para extranjeros también representa un aspecto en el que me he formado, en estos 50 semestres. Recuerdo, hacia el año 1988, cuando el Doctor Mario Tamayo me ofreció el primero de estos cursos, y como me sentía capacitada para hacerlo, no dudé en decirle que sí. Acababa de llegar, de Alemania, una niña que quería clases de español; ella fue la primera estudiante extranjera que tuve. Desde ese entonces, he estado haciéndolo, procurando, cada vez, implementar las nuevas didácticas y metodologías.

Por último, quiero recalcar la gran satisfacción que siento cuando observo que hemos enfrentado, con altura, todos los retos que la sociedad nacional e internacional nos ha impuesto. El fruto resultante de estos esfuerzos se ve reflejado en la consolidación del reconocimiento que hemos obtenido en el ámbito regional, nacional e internacional: **LA ACREDITACIÓN INSTITUCIONAL DE ALTA CALIDAD.**

Por todo esto, repito, siento que he crecido.

Muchas gracias.